

joven de diecinueve años tomaba en sus manos las riendas del gobierno, sin conocimiento del estado del país, sin el apoyo de una poderosa tropa de defensa, sin un confidente, sin un fiel consejero. En su propia capital un Knox echaba pestes contra ella públicamente desde el púlpito, en el sur Isabel maquinaba su ruina, y lo que era todavía peor, sus guías políticos eran su hermanastro lord Jacobo Estuardo y Guillermo Maitland, conde de Lethington, hombre de gran talento, pero falto de carácter, que servía alternativamente a todos los partidos y a todos les hacía traición (1). Hubiera sido casi un milagro que hubiese quedado exenta de yerros y faltas la reina inexperta y jovial.

Ya en los primeros días de su estancia en Escocia pudo conocer la joven reina lo que allí le aguardaba. En su desembarco fué ciertamente recibida por toda la población de un modo muy cordial y con grandes voces de júbilo. Pero era fácil de adivinar lo que significaba el haber acudido la plebe al anochecer delante del palacio y cantádole durante tres noches la traducción de los salmos hecha por Calvino (2). El Consejo privado había permitido a la reina una misa diaria. Mas cuando se quiso celebrarla el primer domingo después de su llegada, se adelantó hacia la capilla lord Lindsay al frente de una banda y amenazó de muerte al sacerdote «idólatra». Estos «hombres piadosos» hubieron a la verdad de retirarse «con pena en el corazón», como se expresa Knox, pues lord Jacobo se colocó a la puerta de la capilla armado de pies a cabeza y cerró el paso. Semejantes escenas se repitieron varias veces en los primeros meses (3). Pero Knox predicaba que una sola misa era peor que el desembarco de diez mil hombres de tropas enemigas (4), y rogaba diariamente a Dios que mudara el endurecido corazón de la reina o fortaleciera las almas y los brazos de sus elegidos, para resistir a la furia de los tiranos (5). Se

(1) Una prueba de su confianza en estos dos, la suministra una carta de María, de principios de enero de 1562, publicada por Pollen, 439: *pour le moigns quelque difficulté qu'il i est pour la religion, ils se conforment au rest à ce que je veuls, et sur tout mon frère le prieur et Ledinton se montrent affectionés...*

(2) Brantôme en Forbes-Leith, 59.

(3) Forbes-Leith, 60.

(4) Bellesheim, II, 14 s.

(5) His prayer is dayly for her: That God will turn her obstinate heart... or if the holy will be otherwise, to strengthen the hearts and hand of His chosen and elect stoutly to withstand the rage of all tyrants. Randolph en 24 de octubre de 1561, en Fleming, 258 s.; cf. *ibid.*, 317, nota 20.

propuso lisa y llanamente la cuestión de si era lícito obedecer en las cosas civiles a la reina siendo idólatra (1). Nada indica mejor la situación de las cosas que el estar por entonces María indefensa en medio de tales manifestaciones.

A pesar de todo esto, en modo alguno tenía aún María que desesperar. En un viaje que hizo la reina por septiembre de 1561 para visitar el país, se mostró que la mayor parte del pueblo era sinceramente adicta a su princesa (2). Podíase esperar que las desmedidas incitaciones de un Knox perderían poco a poco su fuerza de atracción. Consideradas las circunstancias de un modo puramente político, nada mejor podía hacer María a vista de estas instigaciones, que entre tanto cazar y danzar, y dejar tiempo para que las cosas se desenvolvesen; gradualmente de suyo debían volver a prevalecer de todo en todo la razón y sensatez y la heredada fidelidad del pueblo a sus reyes. Mucho contribuyó también para apaciguar y tranquilizar los ánimos el hechizo que ejercía sobre el pueblo la hermosura de María y más aún su afable proceder, espejo de un corazón bondadoso. Algunos que se le acercaron como adversarios, se separaron de ella trocados (3). Si hubiese poseído la tranquila sensatez de su madre, quizá hubiese logrado dirigir su barca entre las rugientes olas sin exponerse a peligro. Pero se dejó mover demasadamente a ceder a impresiones de momento, por la viveza de su natural apasionado, y así se ofreció a sus enemigos la ocasión a propósito para perderla (4).

Ya en Francia había manifestado la reina que no ejercería coacción alguna en lo tocante a la religión (5), y cumplió este propósito. Después de su llegada a Escocia, hizo anunciar el 25 de agosto de 1561, que se propondría la cuestión religiosa al Parlamento, y que hasta entonces todo había de permanecer en el estado en que se hallaba (6). En efecto, los novadores no sólo conservaron su posición anterior, sino que todavía la consolidaron. En el Consejo privado que María nombró el 6 de septiembre de 1561,

(1) Randolph a Cecil en 11 de noviembre de 1561, en Hosack, I, 79.

(2) Opitz, I, 54.

(3) Hosack, I, 71. Bellesheim, II, 14.

(4) Hosack, I, 71.

(5) I mean to constrain none of my subjects, but would wish they were all as I am. María a Throckmorton, en Forbes-Leith, 56; Hosack I, 64.

(6) Bellesheim, II, 14.



sólo tuvieron asiento dos católicos (1). Permitió que se señalase un sueldo a los predicadores protestantes, de los bienes de la Iglesia católica (2), con lo cual se reconocía realmente la existencia legal de la comunidad de los herejes. Knox pudo continuar alborotando sin que nadie le fuera a la mano. La reina procuró influir en él llamándole varias veces a su presencia, y haciéndole reflexiones sobre sus manejos revolucionarios, naturalmente sin buen suceso (3). Cuanto a su persona, María perseveró firme e inmutable en la fe católica; pero por más que desease que todos participasen de ella, no dió sin embargo ningún paso enérgico en favor de sus correligionarios. No obstante su influjo personal logró que por lo menos no se ejecutase más la pena de muerte contra los católicos. Mientras María en los dos primeros años de su estancia en Escocia, sólo con trabajo libró de ser encarcelados a los obispos de Saint Andrews y Aberdeen, que habían dicho misa por Pascua, en los dos últimos años de su reinado 9000 y 12000 personas pudieron recibir la comunión pascual en la capilla real, sin que se promoviesen por ello motines (4). Una imagen de la situación de los católicos escoceses se obtiene de la relación del jesuíta Nicolás Floris, de Gouda en Holanda, el cual fué enviado por Pío IV en 1562 como nuncio a María Estuardo.

Luego después que subió al trono Pío IV, Francisco II y María le habían hecho presentar sus homenajes, por lo cual expresó su gratitud el Papa en el consistorio de 4 de mayo de 1560 (5). El 22 de agosto de 1560 se ofreció a la joven reina la Rosa de oro (6). El nuncio Lorenzo Lenzi, obispo de Fermo, que fué enviado a la corte francesa después de la temprana muerte de Francisco II, llevó a María una carta de pésame del Papa (7); tenía el encargo,

(1) Ibid., 15. Murray, en una carta de 10 de junio de 1561, había aconsejado a la reina no otorgar a los prelados altos cargos públicos, porque eran indignos de ellos e intrigarían para conseguir nuevas dignidades. Philippon, III, 437. Bellesheim en las Hojas hist.-polít., CXII (1893), 568.

(2) Bellesheim, II, 17.

(3) Ibid., 15.

(4) Carta de Hay a S. Francisco de Borja, fechada en París por mayo de 1566, en Pollen, 496. Carta de Guzmán de Silva a Felipe II, fechada en Londres a 26 de julio de 1567, *ibid.*, 521.

(5) Raynald, 1560, n. 24. Otras cartas de cortesía anota Pollen, p. 48 s.

(6) Stevenson, Calendar, Foreign, 1560-1561, n. 446. La fecha del breve «23 de marzo de 1561», que se lee en Raynald, 1561, n. 76, no puede ser exacta; cf. Pollen, 49.

(7) Raynald, 1560, n. 83. Cf. Susta, I, LXVII.

lo mismo que antes el nuncio Gualtiero y más tarde el cardenal Este (1), de entrar en negociaciones también con ella. Todavía mientras se hallaba en Francia, María recibió una invitación del Papa a mover a sus embajadores y a los obispos escoceses a que fuesen al concilio de Trento (2).

Las relaciones no se hicieron más serias hasta que María hubo vuelto a su reino. Cuando en septiembre de 1561 se extendió el rumor de que el rey de Dinamarca pretendía la mano de María, Commendone, como nuncio de Alemania, llamó de nuevo la atención del Papa sobre María, cuyo casamiento con un protestante significaba un robustecimiento del partido de los herejes, al paso que podían ser dirigidos por otros caminos los destinos de Escocia, Irlanda y aun de Inglaterra, si diese su mano a un príncipe católico (3). En realidad, de la joven princesa dependía aún mucho más de lo que podía barruntar Commendone. Era la legítima heredera del trono inglés; no Isabel sino María Estuardo había de ser el tronco de la casa real de Inglaterra. Si conservaba su trono y su derecho hereditario, si fundaba una dinastía católica, el desenvolvimiento religioso de todo el reino británico podía tomar otro rumbo; por lo menos la tolerancia de la Iglesia católica en Inglaterra y sus colonias, y con esto el principio de la tolerancia religiosa en general hubiera sido por ventura hecho ley fundamental del Estado más de dos siglos antes (4).

Desde aquel tiempo Commendone no perdió más de vista a María (5), y sin duda por sus representaciones se resolvió Pío IV

(1) Breve de recomendación en favor de Gualtiero, de 29 de marzo de 1560, anotado en Pollen, 48, en favor de Este, de 1.º de julio de 1561, impreso *ibid.*, 56.

(2) Breve de 6 de marzo de 1561, en Pollen, 53. Con la misma fecha se expidieron las invitaciones a los obispos escoceses; *ibid.*, 55.

(3) Commendone a Carlos Borromeo en 5 de septiembre de 1561, en Pollen, 63. Ideas semejantes se desenvuelven en una memoria, destinada para Felipe II, probablemente de mayo de 1566. Declara en ella el desconocido autor, que en el cisma de Inglaterra está la causa principal de la apostasía de Escocia, del emponzoñamiento de Francia y del contagio de los Países Bajos, donde se llegará a una abierta apostasía. Que por eso es de la mayor importancia apoyar a María; que si ella hereda la corona inglesa, la vuelta de Inglaterra a la Iglesia pondrá en paz y sosiego a más de la mitad de Francia y salvará a los Países Bajos. Que prescindiendo de esto, si Escocia se une a la Iglesia, Inglaterra tendrá que dar libertad de conciencia a los católicos. Pollen, 241-247.

(4) Cf. Pollen en *The Month*, 1900, II, 168.

(5) Cf. sus relaciones dirigidas a Roma desde el 5 de septiembre hasta el 30 de noviembre de 1561, en Pollen, 63-68.



en diciembre de 1561 a enviarle un nuncio (1). Era naturalmente imposible confiar este cargo a un prelado de alta categoría. Escogióse por tanto para el difícil puesto al jesuíta Nicolás Floris, de Gouda en Holanda, llamado ordinariamente Goudano. La partida de éste se difirió no obstante hasta junio de 1562, probablemente porque Commendone deseaba darle por compañero al provincial de los jesuítas, el P. Everardo Mercuriano, más conocedor del mundo. Un breve de 3 de junio de 1562 nombró a Mercuriano nuncio en lugar de Goudano (2), pero vino demasiado tarde. Goudano se había hecho a la vela para Escocia el 10 de junio, acompañado de un jesuíta francés y el sacerdote escocés Edmundo Hay; el 18 llegaron a Leith (3). El fin de la misión debía ser animar a la reina e invitarla a que enviase a los obispos escoceses al concilio (4).

La llegada de un delegado pontificio, que presto fué conocida por una indiscreción, excitó en Edimburgo furiosa agitación. Casi en cada sermón se desataba Knox en invectivas contra el diabólico enviado de Baal y Belcebú (5). Goudano no se podía mostrar en público, por lo cual Hay le puso en seguridad a la otra parte del *firth* o golfo de Tay, en su casa paterna, situada junto a Errol en Perth.

Transcurrió todo un mes antes que Goudano pudiese presentarse a la reina, y aun entonces hubo de acechar cuidadosamente la hora oportuna para entrar furtivamente en la ciudad y en el palacio real (6). Hay que saber que el domingo, miércoles y viernes solía Knox tener sus sermones, a los que asistían todos los cortesanos herejes (7). Pues bien, a la hora del sermón el viernes 24 de julio, cuando los herejes habían salido de palacio,

(1) Sobre la misión de Goudano cf. su propia relación a Láñez, fechada en Maguncia a 30 de septiembre de 1562, así como su carta a Láñez de 2 de octubre, y una sin fecha, publicada por Schneemann en las Voces de María-Laach, XIX (1880), 83-108, con otros documentos relativos a este punto, editados recientemente por Pollen, 113-161 y en *The Month*, XCVI (1900), 167-176.

(2) Raynald, 1562, n. 183. Por razón de este breve, Philippson (*Règne de Marie Stuart*, II, 40) hace ir a Mercuriano como nuncio a Escocia.

(3) William Crichton, *Memoir*, en Pollen, 144.

(4) Cf. el breve a María de 3 de diciembre de 1561, cuyo portador había de ser Goudano, en Pollen, 73 s.

(5) Pollen, 115.

(6) Lord Jacobo manifestó, que el nuncio podía ser ocasión de la ruina de todo el Estado, y de un peligro para la persona de la reina, que con todo su poder no podría ella evitar. Carta de Randolph, ministro inglés en Berwick, de 26 de junio de 1562, en Pollen, 140.

(7) Pollen, p. LIV.

Goudano pudo obtener una conferencia con la reina (1). Expúsole primero en latín el fin de su misión. Como la reina se excusase de que el latín mejor lo entendía que lo hablaba, dejóse entrar también a los compañeros del nuncio y la conferencia se prosiguió ahora en escocés por medio de Hay. Al breve pontificio respondió María, que mirase más el Papa su buena voluntad que lo que hasta entonces había hecho en favor de la Iglesia; que para conservar los últimos restos de la fe católica en el país, había de permitir muchas cosas contra su voluntad. Que quería hablar con sus obispos sobre su asistencia al concilio de Trento, pero que no se prometía de esto ningún gran resultado. Que por lo que tocaba a su persona, preferiría una muerte prematura a perder la fe (2).

Como el tiempo apremiaba, contentóse Goudano con estas respuestas al breve y llevó la conversación a algunos otros puntos. Principalmente pidió consejo sobre cómo podría poner en poder de los obispos los escritos pontificios destinados para ellos. María contestó primero, que no era posible en general que el nuncio hiciese esto por sí; mas luego añadió que tal vez se podían entregar los breves al obispo de Ross, Enrique Sinclair, presidente del Parlamento. Como Goudano pidiera un salvoconducto, la reina rehusó dárselo, diciendo que nada se haría contra él por parte de las autoridades, y que para protegerle de otras violencias, no tenía ella poder. Al fin el representante del Papa recomendó como medio principal para desengañar al pueblo extraviado, la fundación de un colegio, en el cual hombres doctos y temerosos de Dios pudiesen dar enseñanza al pueblo y a la juventud. María respondió que por entonces no era posible todavía pensar en ello (3). Entre tanto había pasado tanto tiempo que el nuncio se hubo de alejar rápidamente con sus acompañantes. Pero el mismo día envió María aún dos veces a su secretario a fin de informarse de otros encargos del Papa, y ofrecer su mediación para que se entregasen a los obispos los breves traídos para ellos. Goudano estuvo conforme con esto con la condición de que la reina en su contestación al Papa se lo participase (4).

(1) A pesar de eso, Randolph tuvo en Berwick conocimiento del hecho. Cf. su carta de 1.º de agosto de 1562, en Pollen, 142.

(2) Goudano, *ibid.*, 117 s.

(3) Pollen, 118 s.

(4) *Ibid.*, 119 s.



Mientras tanto María había hecho rogar también al obispo de Ross, que quisiese entablar negociaciones con el nuncio. El obispo con todo no tuvo ánimo para ello; opinaba que si el nuncio viniese a su casa, a las veinticuatro horas sería ésta con toda seguridad destruída (1). A la propuesta comunicada por carta, de que Sinclair contestase a lo menos por escrito al Papa, Goudano no recibió personalmente ninguna respuesta; a un intermediario manifestó Sinclair, que la carta caería seguramente en manos de los herejes, y que por eso no osaba redactarla (2). Fuera del obispo de Ross, se hallaba entonces en Edimburgo precisamente también el obispo de Dunblane, Guillermo Chisholm. Pero sólo cuando éste se hubo vuelto a su residencia, atrevióse el nuncio a ir a verle, guiado por un pariente del obispo y disfrazado de sirviente. Con todo, ni aun así fué admitido (3). Después de estas experiencias Goudano se dirigió a los demás obispos sólo por escrito. Contestáronle el arzobispo de Saint Andrews y el obispo de Dunkeld, Roberto Crichton. Este entregó también al nuncio una carta para el Papa, y hasta le recibió en su morada, en una apartada isla; Goudano empero se hubo de disfrazar de cambista, y acomodarse a no hablar durante la comida más que de negocios de dinero (4). Más tarde, después de su vuelta de Escocia, recibió Goudano contestación a su carta, también del obispo de Aberdeen, Guillermo Gordon (5).

Entre la nobleza había todavía muchos católicos, como lo vió el nuncio, pero, por causa de los herejes, se mantenían alejados de la corte y de la participación en los negocios de gobierno. A tres de ellos les remitió Goudano breves pontificios (6).

El nuncio describe el estado del reino con los más sombríos colores. Los monasterios e iglesias, se lamenta, están destruídos, y el culto católico en público suprimido, con la única excepción de la capilla real. Hasta el bautismo se administra solamente según el

(1) Pollen, 120.

(2) Ibid., 120 s.

(3) Ibid., 121.

(4) Pollen, 122. Cuando Goudano le entregó en su aposento el breve pontificio, il povero vescovo caschò in tanta abbondanza de lachime per la consideratione del misero stato della religione nel regno di Scotia, et parimente il P. Goudano, che per un spatio di tempo non potevano dir una parola l'un all'altro. Crichton, Memoir, en Pollen, 146.

(5) Ibid., 153.

(6) Ibid., 122.

rito calvinista y sólo los domingos, de suerte que muchos niños mueren sin él (1). Los predicantes herejes se han tomado, parte de los religiosos apóstatas, parte de artesanos enteramente indocotos (2). Mientras el nuncio residía en su morada, no lejos de ella abjuraron una vez en un solo día tres sacerdotes la antigua fe. Por el mismo tiempo uno de los más autorizados superintendentes protestantes, religioso y doctor en teología, celebró su boda a pesar de sus casi setenta años (3). A quien tiene un pleito, se le pregunta si es católico; si hace profesión de tal, su pleito o no se tramita o por lo menos se prolonga (4). Los grandes del reino reconocen a la reina en apariencia, pero no le permiten obrar como reina. Pónenle toda clase de obstáculos y la inducen a muchos yerros; especialmente cuando quiere hacer algo en favor de los católicos, le ponen delante el espantajo de una invasión inglesa. Además la joven princesa está sin poder que la ampare, ni consejero; hasta el confesor que trajo consigo de Francia, Renato Benoist, la ha dejado. Los grandes no consienten a nadie libre entrada hasta ella (5). Que los obispos, que en su mayor parte son todavía católicos, nada pueden efectuar en el actual estado de cosas, aunque quieran, se mostró cuando el obispo de Dunkeld, en la última Pascua, quiso administrar los sacramentos según el modo católico e instruir al pueblo por medio de un sacerdote católico; fué acusado de quebrantar las leyes y hubo de desistir de su plan por mandato de la misma reina. Los obispos por tanto nada hacen; sólo es una excepción el coadjutor del obispo de Dunblane, el cual fortalece a muchos en la fe por medio de la predicación y conversaciones privadas (6). Fuera de él hay pocos predicadores católicos, y aun éstos, o no se atreven a tratar los puntos de controversia, o son inhábiles para ello (7). De la nobleza y los ricos, algunos oyen aún misa en secreto; entre el pueblo hay todavía muchos católicos, pero gimen bajo la opresión de los herejes y ponen su espe-

(1) Es de advertir, que según el Boock of discipline era un gross erreur, que el bautismo sea necesario a los niños para salvarse. Pollen, 123, nota 2.

(2) Ibid., 123.

(3) Ibid., 124.

(4) Ibid.

(5) Ibid., 124 s.

(6) Ibid., 125 s.

(7) Ibid., 126.



ranza principalmente en la fidelidad de la reina a la religión de sus padres (1).

También Goudano opina que no se había desvanecido aún toda esperanza para los católicos de Escocia. Que toda la nación se podría recobrar para la Iglesia, si la reina se casase con un poderoso príncipe católico, que con su autoridad tuviese a raya a los enemigos de la fe; que además debían estar al lado de la reina consejeros católicos, y se habían de procurar obispos y prelados idóneos. Que a Inglaterra en sus planes contra Escocia, podía tenerla en jaque Felipe II de España (2).

Después que Goudano hubo cumplido su misión en Escocia, disfrazado de marinero en una costa solitaria subió a una barca, que le llevó a un buque de Flandes; pues en todos los puertos del reino se perseguía al nuncio y su correspondencia (3). Hay le siguió más tarde con buen número de jóvenes católicos, que entraron en la Compañía de Jesús y más adelante trabajaron como sacerdotes en su patria (4). Con ellos salió también de su país Niniano Winzet, hasta entonces el más hábil defensor de la antigua Iglesia en Escocia (5). El célebre humanista había perdido, por causa de la fe católica, su colocación de director de la escuela de latín de Linlithgow. Por eso echó mano de la pluma para salir en defensa de su Iglesia, y primero en cartas abiertas y luego en un escrito más extenso contra Knox, exigió que el nuevo profeta acreditase su derecho para reformar la Iglesia de Cristo, con una demostración de su misión divina. En contestación embargaron al punto la imprenta de donde había salido su «Toque de trompeta contra la autoridad que Knox se arroga». El mismo Winzet hubo de huir; murió en 1592 siendo abad del monasterio escocés de Ratisbona. Todavía antes que Winzet, el abad de Crossraguel, Quintín Kennedy (m. 1564), había defendido con sus escritos la doctrina católica (6); varias veces se celebraron conferencias religiosas

(1) Ibid., 126 s.

(2) Ibid., 127 s.

(3) Goudano, *ibid.*, 128 s.

(4) Crichton, *Memoir*, *ibid.*, 146.

(5) Goudano a Laínez, diciembre de 1562, en Pollen, 152. Ha sido hecha una edición de los escritos de Winzet, por Juan Blackgracie, Edimburgo, 1835 (Maitland Club), y otra por Jacobo King Hewison, 2 tomos, Edimburgo, 1888, 1890 (Scottish Text Society). Sobre Winzet cf. Bellesheim, II, 20-35 y Hojas hist.-polít., CIII (1889), 27-39, CVII (1891), 704-712.

(6) Bellesheim, I, 402 ss.

entre católicos y herejes, pero sin resultado digno de mención (1). Sobre los abusos de la antigua Iglesia, señaladamente sobre la vida escandalosa del clero escocés, se expresa Winzet con implacable libertad (2); con todo «la verdadera raíz» de todo el mal está, según su juicio y el de Goudano, en la soberbia y la codicia de la nobleza, la cual quería proveer a sus hijos de prebendas eclesiásticas, y así había puesto los más elevados empleos eclesiásticos en manos de personas enteramente incapaces (3).

Como se saca de la relación de Goudano, la reina era retenida por los que la rodeaban casi en una especie de prisión; ninguna noticia podía llegar hasta ella sin aprobación de sus ministros, si no era bajo mano. El soberano efectivo de Escocia era lord Jacobo, hermanastro de la reina. Los herejes, escribe Edmundo Hay, compañero de Goudano (4), están encadenados a él por su propio interés, a excepción del conde de Hamilton, a los católicos los tiene en jaque con el temor y apelando a la autoridad real, de suerte que nadie se atreve a oponerse a su voluntad. Lleva constantemente en los labios el bien y conveniencia de la reina, pero nadie en Escocia que tenga dos dedos de inteligencia, o no esté cegado por prejuicios, puede tener la más leve duda sobre sus verdaderos intentos. Leslie dice claramente que lord Jacobo aspiraba a la corona real (5), y que para conseguir este fin había procurado siempre tomar enteramente en su mano la dirección de los negocios de gobierno, proveer todos los cargos en sus partidarios, usurpar cuanto podía al clero católico sus posesiones, y finalmente despojar de su poder a los nobles que le eran adversos.

La hostilidad de lord Jacobo se dirigió ante todo contra el

(1) *Ibid.*, II, 7 s., 21, 35 s.

(2) *Ibid.*, 22 ss.

(3) *Ibid.*, 24. Cf. Hojas hist.-polít., CVII (1891), 711; Goudano en Pollen, 127. También Kennedy se expresa en el mismo sentido. Bellesheim, I, 405.

(4) a Laínez en 2 de enero de 1563, en Forbes-Leith, 80.

(5) Not content with the administration of the kingdom, aspired tho the crown itself, en Forbes-Leith, 81. Asimismo escribe el nuncio Laureo a Roma en 12 de marzo de 1567 (Pollen, 362): Muray [Jacobo]... ha havuto sempre la mira d'occupare il regno, persuaso della setta contraria che gli tocchi di ragione, et massime che pretende che la madre sia stata segretamente sposata dal Re suo padre. La memoria dirigida en 1568 en nombre de María, a Cosme I de Toscana, señala las ansias de Murray de ceñir la corona, como un hecho conocido de todo el mundo. Labanoff, VII, 315.